

porcion, es tanto mayor que la del segundo, cuanto la del segundo es mayor que la del primero. Y la ventaja que en esto le hace, esa misma le hace en la riqueza, en la hermosura y en todo lo demas. Pues si este mundo es tan grande y tan hermoso (como habemos dicho), y estoto le excede con tan grandes ventajas (como agora decimos); ¿qué tanta podrémos por aquí entender será la grandeza y hermosura dél?

Tambien nos declara esto la diferencia de los moradores destos dos lugares; porque la forma y excelencia de los edificios ha de ser conforme á la condicion de los moradores dellos. Esta es pues (como deciamos) tierra de los que mueren, aquella de los que viven, esta de pecadores; aquella de justos; esta de hombres, aquella de ángeles; esta de penitentes, aquella de perdonados, esta de los que pelean, aquella de los que triunfan; finalmente, esta de amigos y enemigos, aquella de solos; amigos y escogidos. Pues siendo tan diferentes los moradores destos dos lugares, ¿qué tanto lo serán los mismos lugares, pues todos los lugares crió Dios conforme á los moradores dellos? Verdaderamente gloriosas cosas nos han dicho de tí, ciudad de Dios (a). Grande eres en tu anchura, hermosísima en la hechura, preciosísima en la materia, nobilísima en la compañía, suavísima en los ejercicios, riquísima en todos los bienes, y libre y exempta de todos los males. En todo eres grande, porque es grandísimo el que te hizo, y altísimo el fin para que te hizo, y nobilísimos aquellos bienaventurados moradores para quien te hizo.

§. III.

Todo esto pertenesce á la gloria accidental de los santos. Mas aun hay otra gloria sin comparacion mayor, que es la que llaman esencial; la cual consiste en la vision y posesion del mesmo Dios, de la cual dice Sant Augustin (b): El premio de la virtud será el mesmo que dió la virtud, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. De manera que este galardón es el mayor que puede ser; porque ni es cielo, ni tierra, ni mar, ni otra alguna criatura, sino el mesmo Criador y Señor de todo, el cual aunque sea uno, y simplicísimo bien, en él está la suma de todos los bienes.

Para cuyo entendimiento es de saber que una de las grandes maravillas que hay en aquella divina substancia, es, que con ser una y simplicísima, encierra en sí con infinita eminencia las perfecciones de todas las cosas criadas. Porque como él sea el hacedor y criador dellas, y el que las gobierna y encamina á sus últimos fines y perfecciones, no puede él carecer de lo que da, ni estar falto en sí de lo que parte con los otros. De donde nasce que todos aquellos bienaventurados espíritus, en él solo gozarán y verán todas las cosas, cada uno segun la parte que le cupiere de gloria. Porque así como agora las criaturas son espejo en que en alguna manera se ve la hermosura de Dios, así entónces Dios será espejo en que se vea la de las criaturas: y esto muy mas perfectamente que si se viesen en sí mismas. De manera que allí será Dios bien universal de todos los santos, y perfecta felicidad y cumplimiento de todos sus deseos. Allí será espejo á nuestros ojos, música á nuestros oídos, miel á nuestro gusto, y bálsamo suavísimo al sentido del oler. Allí veremos la variedad y hermosura de los tiempos, la frescura del verano, la claridad del estío, la

(a) Psal. 86. (b) 22. de Civitate Dei, c. 50. tom. 5.

abundancia del otoño, y el descanso y reposo del invierno, y allí finalmente estará todo lo que á todos estos sentidos y potencias de nuestra ánima puede alegrar. Allí (como dice Sant Bernardo) será Dios plenitud de luz á nuestro entendimiento, muchedumbre de paz á nuestra voluntad, y continuacion de eternidad á nuestra memoria. Allí parecerá ignorancia la sabiduría de Salomon, y fealdad la hermosura de Absalom, y flaqueza la fortaleza de Samson, y mortalidad la vida de los primeros hombres del mundo, y pobreza la riqueza de todos los reyes de la tierra.

Pues, ¡oh hombre miserable! si esto es así (como de verdad lo es), ¿en qué te andas por la tierra de Egipto (c) buscando pajas y bebiendo en todos los charquillos de agua turbia, dejando aquella vena de felicidad y fuente de aguas vivas? ¿Por qué andas mendigando y buscando á pedazos lo que hallarás recogido y aventajado en este todo? Si deleites deseas, levanta tu corazón, y considera cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí los deleites de todos los bienes. Si te agrada esta vida criada, ¿cuánto mas aquella que todo lo crió? Si te agrada la salud hecha, ¿cuánto mas aquella que todo lo hizo? Si es dulce el conocimiento de las criaturas, ¿cuánto mas el del mesmo Criador? Si te deleita la hermosura, él es de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan. Si el linaje y la nobleza, él es el primer origen y solar de toda nobleza. Si larga vida y sanidad, allí hay sanidad, y longura de dias. Si hartura y abundancia, allí está la suma de todos los bienes. Si música y melodía, allí cantan los ángeles, y suenan dulcemente los órganos de los santos en la ciudad de Dios. Si te deleitan las amistades y la buena compañía, allí está la de todos los escogidos, hechos un ánima y un corazón. Si honras y riquezas, gloria y riquezas hay en la casa del Señor. Finalmente si deseas carecer de todo género de trabajos y penas, allí es donde está la libertad y exención de todas ellas. Al octavo día mandó Dios celebrar el sacramento de la Circuncision en la vieja ley (d), para dar á entender que al octavo día de la resurreccion general (que sucederá á la semana desta vida), circuncidará Dios todos los trabajos y penas de aquellos que por su amor hubieren circuncidado todas sus demasias y culpas. Pues ¿qué cosa mas bienaventurada que una tal manera de vida, tan libre de todo género de miserias? donde (como dice Sant Augustin (e)), no habrá jamas temor de pobreza, no flaqueza de enfermedades; donde ninguno se aña, ninguno tiene invidia de otro, ninguna necesidad de comer ni de beber, ninguna ambicion de honras ni de poderes mundanos, ningunas asechanzas del demonio, ningun temor de penas del infierno, muerte, ni de cuerpo ni de ánima; sino vida siempre alegre con gracia de inmortalidad. No habrá allí jamas discordia, porque todas las cosas están en suma paz y concordia.

A todo esto se añade el vivir en compañía de los ángeles, y gozar de la vista de todos aquellos soberanos espíritus, y ver los ejércitos de los santos, mas claros que las estrellas del cielo, resplandesciendo con la sanctidad y obediencia de los patriarcas, con la esperanza de los profetas, con las coronas coloradas de los mártires, y con las guirnaldas blancas y floridas de las vírgenes. Mas del Rey soberano que en medio dellos reside, ¿qué lengua podrá hablar? Ciertamente si nos fuese necesario

(c) Exod. 5. Hierem. 2. (d) Gen. 17. Lev. 12. (e) In Solil. c. 55.

padecer cada dia tormentos, y sufrir por algun tiempo las mesmas penas del infierno por ver á este Señor en su gloria, y gozar de la compañía de sus escogidos, ¿no sería bien empleado pasar todo esto por gozar de tanto bien? Hasta aquí son palabras de Sant Augustin (a).

Pues si tan grande y tan universal es este bien, ¿cuál será la felicidad y gloria de aquellos bienaventurados ojos que en él se apacientarán? ¿Qué será ver la hermosura de aquella ciudad? ¿la gloria de aquellos ciudadanos? ¿la cara del Criador? ¿la gracia de aquellos edificios? ¿la riqueza de aquellos palacios? ¿y el alegría comun de aquella patria? ¿Qué será ver las órdenes de aquellos bienaventurados espíritus, y la autoridad de aquel sacro Senado, y la majestad de aquellos nobles ancianos, que vió Sant Joan asentados en sus tronos en presencia de Dios (b)? ¿Qué será oír aquellas voces angélicas, y aquellos cantores y cantoras, y aquella música tan acordada, no de cuatro voces, como la de acá, sino de tantas diferencias de voces, cuanto es el número de los escogidos? ¿Qué alegría será oírles cantar aquella suavísima cancion que les oyó Sant Joan en el Apocalipsi, cuando decian (c): Bendicion, y claridad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, y virtud y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amen? Y si es tan deleitable cosa oír esta consonancia y armonía de voces, ¿cuánto mas lo será ver la concordia de los cuerpos y ánimas tan conformes? Y ¿cuánto mas la de los hombres y ángeles? Y ¿cuánto mas la de los hombres y Dios? Y sobre todo esto, ¿qué será ver aquellos campos de hermosura? ¿aquellas fuentes de vida? ¿aquellos pastos abundosos sobre los montes de Israel (d)? ¿Qué será asentarse á aquella mesa, y tener silla entre tales convidados, y meter la mano con Dios en un plato, que es gozar de su mesma gloria? Allí descansarán, y gozarán, y cantarán, y alabarán, y entrando y saliendo hallarán pastos de inestimable suavidad. Pues si tales y tan grandes bienes promete nuestra sancta fe católica en premio de la virtud, ¿cuál es el ciego y desatinado que no se mueve á ella con la esperanza de tan grande galardón?

CAPITULO X.

Del décimo título, por el cual estamos obligados á la virtud, que es la cuarta postrimería del hombre; donde se trata de las penas del infierno.

Bastaba la menor parte deste galardón para mover nuestros corazones al amor de la virtud, por la cual tanto bien se alcanza. Pues ¿qué será, si con la grandeza desta gloria juntamos tambien la grandeza de la pena que está á los malos aparejada? Porque no se puede aquí el malo consolar diciendo: si fuere malo, todo lo hace no ir á gozar de Dios; y en lo demas ni tendré pena ni gloria. No es así, sino que forzadamente nos ha de caer una destas dos suertes tan desiguales: porque ó habemos de reinar para siempre con Dios, ó arder para siempre con los demonios, ca no se da medio entre estos dos extremos, sino es el limbo, ó el purgatorio. Estas son en figura aquellas dos canastas que mostró Dios al profeta Hieremías ante las puertas del templo en una vision (e): la una llena de higos buenos, en gran manera buenos, y la otra de higos malos, y tan malos, que no se podian comer. En lo cual quiso significar Dios al profeta dos maneras de personas, unas con quien habia de

(a) In Manual. c. 45. (b) Apoc. 4. (c) Apoc. 7. (d) Ezech. 54. (e) Hier. 24.

usar de misericordia, y otras con quien habia de usar de justicia; y la suerte de los unos era tan buena, que no podia ser mejor, y la de los otros tan mala, que no podia ser peor: pues la suerte de los buenos es ver á Dios, que es el mayor bien de los bienes, y la de los malos carecer eternamente de Dios, que es el mayor mal de los males.

Esto debian considerar los que se atreven á cometer un pecado mortal, para ver la carga que toman sobre sí. Los hombres que viven de llevar y traer cargas acuestas, cuando son alquilados para llevar alguna, primero la miran muy bien, y prueban á levantarla, para ver si podrán con ella. Pues tú, miserable, que estás cebado en la golosina del pecado, y por ese precio te obligas á llevar sobre tí la carga dél, mira, ruégote, primero lo que esa carga pesa (que es la pena que por él se da), para ver si tienes hombros en que llevarla. Y porque mejor puedas hacer esto, quiero ponerte aquí algunas consideraciones, por las cuales podrás entender algo de la grandeza desta pena, para que mas claro veas la grandeza de la carga que sobre tí tomas cuando pecas. Y aunque desta materia tratamos en otros lugares (f); pero aquí la trataremos por otros medios diferentes (que es por algunas razones y consideraciones que esto nos declaren), porque ella es tan copiosa, que da motivo para todo esto y mucho mas.

Entre las cuales la primera es considerar la inmensidad y grandeza de Dios, que ha de castigar el pecado: el cual en todas sus obras es Dios: quiero decir, en todas grande y admirable, no solo en la mar, y en la tierra, y en el cielo, sino tambien en el infierno, y en todo lo al. Pues si este Señor en todas sus obras es Dios, y parece Dios, no ménos lo parecerá en la ira, y en la justicia, y en el castigo del pecado. Por esta consideracion dijo el mesmo Señor por Hieremías (g): ¿A mí no temeréis? ¿y de mí no temblaréis? Pues yo soy el que puse las arenas por término de la mar, con tan fijo y perpetuo mandamiento, que nunca jamas lo traspasará. Y aunque se embravezcan sus olas, y se levanten hasta el cielo, no serán poderosas para pasar la raya que yo les tengo señalada. Como si mas claramente dijera: ¿No será razon que temais el brazo de un Dios tan poderoso, cuanto declara la grandeza desta obra? El cual así como es grande y admirable en todas sus obras, así tambien lo será en sus castigos, y que así como por lo uno es dignísimo de ser engrandecido y adorado, así por lo otro merece ser temido y reverenciado. Pues por esto temia y temblaba este mesmo profeta (aunque era inocente y santificado en el vientre de su madre), cuando decia (h): ¿Quién no temblará de tí, Rey de las gentes? Porque tuya, Señor, es la gloria. Y en otro lugar (i): Estaba yo (dice él) solo y apartado de la compañía de los hombres, por estar, Señor, mi corazón lleno de temor de vuestras amenazas. Y aunque sabia muy bien este profeta que las amenazas no eran contra él, todavía ellas eran tales, que le hacian temblar. Y por esta causa se dice con razon, que tiemblan las columnas del cielo ante la majestad de Dios, y que tremen otrosí delante dél aquellos grandes principados y poderes soberanos: no porque no están seguros de su gloria, sino porque les pone espanto y admiracion la grandeza de la majestad divina. Pues si estos

(f) Libro de la Oracion, en la consideracion del viernes en la noche, y en la primera parte del Memorial al principio, y en la segunda parte al fin del Vita Christi. (g) Hierem. 5. (h) Hierem. 10. (i) Hierem. 16.

no carecen de temor, ¿qué deben hacer los culpados? ¿los menospreciadores de Dios? pues estos son sobre quien él ha de descargar el torbellino de su ira. Esta es pues una de las principales causas que hay para temer la grandeza deste castigo, como claramente nos lo enseña Sant Joan en su Apocalipsi, donde (hablando de los azotes y castigos de Dios) dice así (a): En un día vendrán sobre Babilonia todas sus plagas, muerte, llanto, hambre, y fuego; porque fuerte es Dios que la ha de juzgar. Y porque conocia muy bien el apóstol la fortaleza deste Señor, dijo que era cosa horrible caer en las manos de Dios (b). No es cosa horrible caer en las manos de los hombres, porque ni son tan poderosas que nadie se pueda escapar dellas, ni tan fuertes que basten para echar un ánima en el infierno. Por donde decia el Salvador á sus discípulos (c): No queráis temer aquellos que no pueden hacer mas que matar el cuerpo, y despues no les queda que hacer. Quiéroos yo mostrar á quien hayáis de temer. Temed á aquel que despues de muerto el cuerpo, tiene poder para echar el ánima en el infierno. Esto os digo yo que es para temer. Estas pues son las manos en las cuales, con mucha razon, dice el apóstol que es horrible cosa caer. Y así parece que tenian bien conocido á qué sabian estas manos, aquellos que en el Ecclesiástico decian (d): Si no hiciéremos penitencia, caerémos en las manos de Dios, y no de los hombres. Las cuales cosas todas dan bien á entender, que así como Dios es grande en el poder, y en la majestad, y en todas sus obras, así tambien lo será en la ira, en la justicia, y en el castigo de los malos.

Lo mesmo parece aun mas claro, considerando en especial la grandeza de la divina justicia, cuya obra es este castigo. Esta se nos trasluce algun tanto por sus efectos, que es por los castigos espantosos de Dios, de que están llenas las Escrituras divinas. ¿Qué castigo tan espantoso fué aquel de Datan y Abiron (e), y de todos sus consortes, los cuales tragó la tierra vivos, y sumió en el profundo de los infiernos, porque se levantaron contra sus preladados? ¿Quién jamas oyó tal linaje de amenazas y maldiciones como aquellas que leemos en el Deuteronomio contra los quebrantadores de la ley? Donde (entre otras terribles y espantosas amenazas) dice Dios así (f): Enviaré contra vosotros ejércitos de enemigos, los cuales cercarán vuestras ciudades, y os pondrán en tan grande aprieto y necesidad, que la señora delicada que no se podia tener en los piés por su grande delicadeza y ternura, cuando pariere, vendrá á comer las pares, y la sangre y las heces en que salió envuelta la criatura: y esto á escondidas de su marido, por no darle parte dellas: tan grande será la hambre que padecerá. Espantosos castigos son estos. Mas así estos como todos los que se ejecutaron en esta vida, no son mas que una pequeña sombra y figura de los que están guardados para la otra; que es el tiempo en que ha de resplandecer la divina justicia en aquellos que aquí despreciaron su misericordia. Pues si tal y tan temerosa es la sombra, ¿cuál será la mesma verdad? Y si agora (cuando la justicia anda tan templada con la misericordia, y el cáliz de la ira del Señor se da tan aguado) es tan desabrido (g), ¿qué hará cuando se dé puro, y cuando se haga juicio sin misericordia con los que no

(a) Apoc. 18. (b) Hebr. 10. (c) Matth. 10. (d) Eccli. 2. (e) Num. 16. (f) Deut. 28. (g) Psal. 74.

hubieren usado de misericordia, aunque sea siempre menor el castigo de lo que merece el pecado?

Mas no solo la grandeza de la justicia, sino tambien la de la mesma misericordia (con quien tanto se favorecen los malos), nos da á entender la grandeza deste castigo. Porque ¿qué cosa de mayor espanto que ver á Dios vestido de carne padecer en ella todos los tormentos y deshonras que padesció, hasta acabar la vida en un madero? ¿Qué mayor misericordia que descender él á tomar sobre sí todas las deudas del mundo, para descargar dellas al mundo, y derramar su sangre por aquellos mesmos que la derramaban? Pues así como son espantables las obras de la divina misericordia, así tambien lo han de ser las de su justicia; porque como en Dios no haya cosa mayor ni menor (pues todo lo que hay en Dios, es Dios), cuan grande es su misericordia, tan grande es necesario que sea su justicia, cuanto es de parte della. Por donde así como por la cantidad de un brazo sacamos la del otro, así por la grandeza del brazo de la misericordia se conoce la del brazo de la justicia; pues ambos son de una mesma manera. Pues ruégote agora me digas, si en el tiempo que Dios quiso mostrar al mundo la grandeza de su misericordia, hizo cosas tan admirables, y tan increíbles al mundo, que el mesmo mundo las vino á tener por locura (h), cuando se llegare el tiempo de la segunda venida, diputado para declarar la grandeza de su justicia, ¿qué te parece que hará, mayormente habiendo tantas causas para usar de justicia, cuántas son las maldades del mundo? Porque la misericordia no tuvo quien de fuera así la ayudase; pues no habia de parte de nuestra humanidad cosa que la mereciese: mas la justicia tendrá tantas ayudas y estímulos para declararse, cuantos pecados ha habido en el mundo, para que por aquí puedas conjeturar qué tan espantable será.

Esto declara muy bien Sant Bernardo en un sermón de Epifanía por estas palabras (i): Así como en la primera venida se mostró el Señor muy fácil para perdonar, así en la segunda será muy riguroso en castigar. Y como agora ninguno hay que no se pueda reconciliar con él, así entónces ninguno habrá que lo pueda hacer. Porque así como la benignidad en la primera venida se descubrió sobre toda manera, así será el rigor de la justicia que en la postrera se mostrará. Ca inmenso es Dios, é infinito en la justicia, así como en la misericordia. Grande para perdonar, y grande para castigar: aunque la misericordia tiene el primer lugar, si nosotros procuráremos que no halle la justicia sobre que descargue su rigor. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, por las cuales vemos como la mesma misericordia de Dios nos declara cuan grande será su justicia, y lo uno y lo otro divinamente explicó el salmista, cuando dijo (k): Nuestro Dios es Dios, cuyo oficio es salvar los hombres, y librarlos de las puertas de la muerte; mas con todo eso él quebrantará las cabezas de sus enemigos hasta el postrer pelo, de los que perseveran en sus delitos. ¿Ves luego como siendo tan blando para los que á él se convierten, es tan riguroso para los endurecidos y rebeldes?

Lo mesmo tambien nos declara la paciencia de Dios, así para con todo el mundo, como para con cada uno de los malos. Porque vemos muchos hombres tan desalmados, que dende que abrieron los ojos de la razon hasta los postreros años de su vida, la mayor parte della gas-

(h) 1. Cor. 1. (i) 1. circa med. (k) Psal. 67.

taron en ofender á Dios, y despreciar sus mandamientos, sin hacer caso ni de sus promesas, ni de sus amenazas, ni de sus beneficios, ni de sus avisos, ni de otra cosa alguna. Y en todo este tiempo los aguardó aquella suma bondad y paciencia, sin cortarles el hilo de la vida, y sin dejar de llamarlos por muchas vias á penitencia, sin ver en ellos enmienda. Pues cuando acabada toda esta tan larga paciencia suelte él contra ellos la represa de su ira (que por tantos años se ha ido poco á poco recogiendo en el seno de su justicia), ¿con qué ímpetu, con qué fuerza vendrá á dar sobre ellos? ¿Qué otra cosa quiso significar el apóstol, cuando dijo (a): ¿No miras hombre que la benignidad de Dios te aguarda, y te llama á penitencia? Mas tú por tu gran dureza, y por ese corazon tan cerrado á penitencia, atesoras contra ti ira para el día del justo juicio de Dios, el cual dará á cada uno segun sus obras. Pues ¿qué quiere decir, atesoras ira, sino dar á entender que como el que allega tesoro, va cada día añadiendo dineros á dineros, y riquezas á riquezas, para que así crezca el monton, así tambien Dios va cada día y cada hora acrescentando mas y mas el tesoro de su ira, así como el malo con sus malas obras va siempre acrescentando las causas della? Pues dime agora, si un hombre se diese tanta prisa á juntar tesoro, que no se pasase día ni hora que no acrescentase algo en él, y esto por espacio de cincuenta ó sesenta años, cuando despues deste tiempo abriese sus arcas, ¿qué tan gran tesoro hallaría? Pues, ¡oh miserable de tí, que apenas hay día ni hora que se te pase sin acrescentar contra ti el tesoro desta ira divina, la cual crece á cada hora con cada uno de tus pecados! Porque aunque no hubiese mas que las vistas deshonestas de tus ojos, y los malos deseos y odios de tu corazon, y las palabras y juramentos de tu boca, esto solo bastaba para hinchar un mundo. Pues cuando con esto se juntare todo lo demas, ¿qué tesoro de ira tendrás allegado contra ti á cabo de tantos años?

La ingratitude tambien de los malos y su malicia (si bien se mira), da á entender por su parte cuán grande haya de ser este castigo. Si no, ponte á considerar por una parte la inmensa benignidad y largueza de Dios para con los hombres; lo que en este mundo tiene hecho, y dicho, y padescido por ellos; los aparejos y oportunidades que para bien vivir les ha dado; lo que les ha disimulado y perdonado; los bienes que les ha hecho; los males de que los ha librado, con otras muchas maneras de favores y beneficios que cada día les hace. Mira por otra parte el olvido de los hombres para con Dios; su ingratitude, su rebeldía, su deslealtad, sus blasfemias; el menosprecio dél y de sus mandamientos, el cual es tan grande, que no solo por cualquier interese que se les ofrezca, sino muchas veces de balde y sin propósito, por sola maldad y desvergüenza ponen debajo los piés todo cuanto manda Dios. Pues quien desta manera desprecia aquella tan grande majestad, como si fuera un Dios de palo; quien tantas veces, como dice Sant Pablo (b), pisó al Hijo de Dios, y despreció la sangre de su testamento; quien tantas veces lo crucificó y abofeteó con peores obras que hiciera un pagano, ¿qué puede esperar, sino que cuando llegue la hora de la cuenta, se haga á costa del malo tan grande recompensa de la honra de Dios, cuan grande fué la injuria hecha contra él? Porque pues Dios es justo juez, á él pertenece hacer igualdad y recompensa suficiente entre el castigo del que injurió, con

(a) Rom. 2. (b) Hebr. 10.

la deshonra del injuriado. Pues si Dios es aquí el injuriado, ¿qué entrega se hará en el cuerpo y ánima del condenado, para que del cuero salgan las correas, y de sus dolores la recompensa de tales injurias? Y si fué menester la sangre del Hijo de Dios para hacer recompensa de las ofensas de Dios (supliéndose con la dignidad de la persona lo que faltaba de rigor á la pena), ¿qué será donde se haya de hacer esta recompensa, no con la dignidad de la persona, sino con sola la grandeza de la pena?

Considera otrosí (demas de la condicion del juez), tambien la del verdugo que ha de ejecutar su sentencia (que es el demonio), para que por aquí veas lo que de tales manos puedes esperar. Y para entender algo de la crueldad deste executor, mira cuál paró á un hombre sobre quien le fué dado poder, que fué el sancto Job (c). Porque todo cuanto fué posible hacer contra una criatura racional, hizo, sin tener respecto á ningun género de blandura ni piedad. Quemóle las ovejas, robóle todos los otros ganados mayores, captivó los criados, derribó las casas, matóle todos los hijos, cubrióle de piés á cabeza de cáncer y de gusanos, sin dejarle otro refrigerio mas que un muladar en que se asentase, y un pedazo de teja con que rayese la materia que de sus llagas corria; y sobre todo esto dejóle la mujer, y los amigos (á quien con mayor crueldad perdonó, que matara), para que ellos con sus palabras le fuesen otros gusanos mas crueles, que llegasen hasta roerle las entrañas. Esto hizo con el sancto Job. Mas ¿qué hizo con el Salvador del mundo en aquella dolorosa noche en que fué entregado al poder de las tinieblas? Esto no se puede explicar en pocas palabras.

Pues si este enemigo y todos sus consortes son tan fieros, tan inhumanos, tan carniceros, tan amigos de sangre, tan enemigos del linaje humano, y tan poderosos para dañar; cuando tú, miserable, te veas en sus manos para que ejecuten en tí todas las crueldades que quisieren (segun la dispensacion de la divina justicia), y esto no por una noche y un día, sino por todos los siglos de los siglos, ¿parécete que estarás bien librado en tales manos? ¡Oh qué día tan oscuro será aquel, cuando así te veas en poder de tales lobos!

Y porque mejor entiendas el tratamiento que destas manos puedes esperar, referiré aquí un ejemplo memorable que escribe Sant Gregorio en sus diálogos (d), donde cuenta que en un monasterio suyo acaesció llegar á punto de muerte un religioso mancebo, no ménos en las costumbres que en los años. Y como los religiosos del monasterio acudiesen á este tiempo á ayudarle á morir, y se pusiesen todos al derredor de su cama haciendo oración por él, comenzó él á dar voces, y decir: ¡íos, íos de aquí, padres, íos y dejad á este dragon que me acabe de tragar; porque ya me tiene metida la cabeza entre sus gargantas encendidas, y con sus escamas (como con unos dientes de sierra) me aprieta y atormenta grandemente. ¡íos luego todos, y apartaos de aquí, porque por vuestra presencia no me acaba de matar, y así me atormenta mas cruelmente. Y como dijesen los religiosos que hiciese la señal de la cruz, respondió diciendo: ¿Cómo la podré hacer, que me tiene enroscados los piés y las manos con las vueltas de su cola, y no soy señor de mí? Entonces los religiosos, no por eso desmayando, comenzaron á hacer oración por él con grandes gemidos, y con mayor instancia: con lo cual el Padre

(c) Job 1. et 2. (d) 4. lib. Dialogorum. cap. 37.

de las misericordias, movido á su acostumbrada piedad, libró al enfermo de aquella tan grande agonía: con la cual quedó tan escarmentado, que de ahí adelante ordenó su vida de tal manera que no mereciese verse otra vez en tal aprieto.

De los mismos demonios habla aun por mas horribles figuras Sant Joan en su Apocalipsi, diciendo (a): Vi una estrella que cayó del cielo en la tierra, á la cual fueron dadas las llaves del pozo del abismo, y abriendo la puerta deste pozo, salió dél una grande humareda, como las que suelen salir de los grandes hornos de fuego; y del humo deste pozo saltaron unas langostas en tierra, á las cuales fué dado poder para herir, como hieren los escorpiones, y fuéles mandado que no hiciesen daño en el heno de la tierra, ni en los árboles, ni en cosa verde, si no en solos aquellos que no tuviesen la señal de Dios en su frente. En este tiempo andarán los hombres buscando la muerte, y no la hallarán; y la figura destas langostas era como de caballos armados para pelear, y sobre sus cabezas tenían unas coronas de oro, y las caras eran como caras de hombres, y los cabellos como cabellos de mujeres, y los dientes como dientes de leones, y tenían vestidas unas lorigas como lorigas de hierro, y el estruendo que hacían con sus alas, era como el de muchos carros y caballos cuando arremeten á pelear. Y tenían las colas como de escorpiones, y en ellas traían sus aguijones para herir. Hasta aquí son palabras de Sant Joan. Ruégote pues agora me digas, qué pretendía el Espíritu Sancto (que es el autor de esta escriptura), cuando debajo destas tan horribles figuras nunca oídas, nos quiso dar á entender la grandeza de los azotes de la divina justicia? ¿Qué pretendía sino avisarnos por el horror espantable destas cosas, cuáles serán las iras de Dios, cuáles los instrumentos de su justicia, cuáles los castigos de los malos, cuáles las fuerzas de nuestros adversarios, para que con el horror de tan grandes cosas temblásemos de ofender á Dios? Porque ¿qué estrella es esta que cayó del cielo, á quien fueron dadas las llaves del abismo, sino aquel ángel tan resplandeciente que de allí cayó, á quien fué dado el principado de las tinieblas? Y ¿quién son aquellas langostas tan fieras y tan armadas, sino las furias y armas de los otros sus coadjutores y ministros, que son los demonios? ¿Quién las plantas verdes, á quien ellos no pueden dañar, sino los justos que florecen con el humor de la divina gracia, y dan frutos de vida eterna? ¿Quién los que no tienen sobre sí la señal de Dios, sino los que carecen de su espíritu, que es la señal de sus siervos, y de las ovejas de su manada? Pues contra estos miserables se apareja aquel ejército de la divina justicia, para que en esta vida y en la otra (en cada cual de su manera) sean atormentados por los mismos demonios á quien sirvieron, así como los egipcios fueron atormentados por las moscas y mosquitos á quien ellos adoraban (b). Pues ¿qué será ver en aquel lugar estos monstruos y máscaras tan horribles? ¿Qué será ver allí aquel dragon hambriento, y aquella culebra enroscada, y aquel grande Behemoth, de que se escribe en Job, que aprieta la cola como cedro, que bebe los rios y paca los montes (c)?

Todas estas cosas bien consideradas nos declaran asaz qué tan grandes hayan de ser las penas de los malos. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de todas estas grandeas que aquí se han dicho, sino grandísimos

(a) Apoc. 9. (b) Exod. 8. (c) Job. 40.

castigos? ¿Qué se puede esperar de la inmensidad y grandeza de Dios, y de la grandeza de su justicia para castigar los pecados, y de la grandeza de su paciencia para sufrir los pecadores, y de la muchedumbre de los beneficios con que tantas veces los procuró traer á sí, y de la grandeza del odio con que aborresce al pecado (pues por ser ofensivo de infinita majestad, merece odio infinito), y de la grandeza del furor de nuestros enemigos, tan poderosos para atormentarnos, y tan rabiosos para mal querernos? ¿Qué se puede pues esperar de todas estas causas de grandeza, sino grandísimo castigo del pecado? Pues si tan grande es la pena que está aparejada para el pecado, y en esto no puede haber falta (pues así nos lo predica la fe), ¿por qué causa los que esto creen y confiesan no mirarán la carga que sobre sí toman cuando pecan, pues por el mismo caso que cometen un pecado, se obligan á una pena que por tantos títulos se prueba ser tan grande?

§. I.

De la duracion destas penas.

Mas aunque todas estas consideraciones sean mucho para causar temor, mucho mas lo es si consideramos la duracion destas penas. Porque si en ellas hubiera alguna manera de término ó de alivio á cabo de muchos millares de años, todavía fuera este gran consuelo para los malos. Mas ¿qué diré de la eternidad que ningun término reconoce, sino que iguala por una parte con la misma duracion de Dios? El cual espacio es tan grande, que (como dice un doctor), si uno de aquellos malaventurados en cada mil años derramase una sola lágrima material, mas agua saldría de sus ojos, que cupiese en todo el mundo. Pues ¿qué cosa mas para temer? Verdaderamente cosa es esta tan grande, que si todas cuantas penas hay en el infierno, no fueran mas que una sola punzada de un alfiler (habiendo de durar para siempre), solo esto debiera bastar para que los hombres se pusiesen á todos los trabajos del mundo por evitar esta pena. ¡Oh si esta duracion, oh si este para siempre hiciese manida en tu corazon, cuánto provecho te haría! De un hombre del mundo leemos que poniéndose una vez á pensar muy de propósito en esta duracion de penas, y espantado de cosa tan prolija, hizo entre sí esta consideracion: ningun hombre cuerdo hay que aceptase el imperio del mundo con condicion que le obligasen á estar acostado en una cama (aunque fuese de rosas y flores), por espacio de treinta ó cuarenta años. Pues siendo esto así, ¿qué desatino es, por cosas tan menores, ponerse en ventura de estar acostado en una cama de fuego por siglos infinitos? Esta sola consideracion cavó tanto, y obró tanto en este hombre, que le hizo mudar la vida, y tan mudada que vino despues á ser grande sancto, y prelado de una iglesia. Pues ¿qué responden á esto los regalados, los que con el zumbido de un mosquito están toda la noche desvelados, cuando se vean tendidos en esta cama de fuego, cercados de llamas por todas partes, y esto no por una sola noche de verano, sino por una eternidad? Esta pregunta hace á estos el profeta Isaias, diciendo (d): ¿Quién de vosotros podrá morar con los ardores eternos? ¿Quién se atreverá á hacer vida con el fuego tragador? ¿Qué espaldas habrá tan duras, que puedan sufrir esta calda por espacio tan largo? ¡Oh gentes sin seso! ¡Oh hombres embaucados por aquel antiguo engañador y

(d) Isai. 33.

trastornador del mundo! Porque ¿qué cosa mas ajena de razon, que siendo los hombres tan solícitos en proveerse para todas las nonadas desta vida, ser por otra parte tan insensibles para cosas de tanta importancia? ¿Qué vemos, si esto no vemos? ¿Qué tememos, si esto no tememos? ¿Qué proveemos, si esto no proveemos?

Pues siendo esto así, ¿cómo no seguiremos de buena gana el partido de la virtud, aunque fuese muy trabajoso, por huir de tanto mal? Porque es cierto que si hiciese agora Dios este partido con un hombre que le dijese: tú has de tener todo el tiempo que vivieres un dolor de gota ó de una sola muela, pero tan agudo, que no te deje reposar noche ni dia; ó si quieres ahorrar este dolor, has de ser fraile cartujo, ó descalzo, ó hacer la penitencia que ellos hacen toda la vida: mira cuál destas dos cosas quierres. No hay hombre tan perdido, que usando de buena razon (siquiera por el amor que tiene á sí mismo), no escogiese cualquier profesion destas, ántes que padecer este martirio por este espacio. Pues siendo tanto mayores los tormentos de que hablamos, y siendo tanto mayor el espacio que duran, y siendo tanto ménos lo que Dios nos pide, que ser fraile descalzo, ó cartujo, ¿cómo no aceptamos un tan pequeño trabajo, por evitar un tan prolijo tormento? ¿Quién no ve ser este el mayor de todos los engaños del mundo?

Mas la pena dél será, que pues el hombre no quiso con un poco de penitencia redimir aquí tanto mal, que haga allí eterna penitencia, y nada le aproveche. En figura de lo cual leemos (a), que aquel horno de fuego que encendió Nabucodonosor en Babilonia, con levantar las llamas cuarenta y nueve cobdos en alto, por falta de un cobdo no llegó al número de cincuenta (que hace año de jubileo), para dar á entender que la llama de aquel eternal humo de Babilonia (que es el infierno), aunque

(a) Dan. 3.

arde tanto, y atormenta tan gravemente aquellos malaventurados, no por eso les alcanza la remision y gracia del jubileo verdadero. ¡Oh penas infructuosas! ¡Oh estériles lágrimas! ¡Oh rigurosa penitencia, y sin ninguna esperanza! ¡Cuán poquito de lo que allí padescen sin fruto, si se tomara aquí de voluntad, bastara para darles remedio! ¡Cuán fácilmente se podrian aquí redimir tantos males con tan livianos trabajos! Salgan pues fuentes de agua por nuestros ojos, y no cesen los gemidos de nuestro corazon. Por eso plantearé y lloraré, dice el Profeta (b), y salirme he por esos caminos despojado y desnudo. Haré llanto como de dragones, y sentimiento como de aves truces; porque ya está desahuciada su llaga, y no tiene cura este mal.

Y si los hombres no tuviesen todas estas cosas por verdad, ó no por tan grande verdad, no era mucho caer en ellos este descuido. Mas teniendo todo esto por fe, y sabiendo cierto que, como dice el Salvador (c), ántes faltará el cielo y la tierra, que dejar esto de ser, y que con todo esto vivan los que esto creen con tan extraño descuido, esto es cosa que excede toda admiracion. Dime, hombre ciego y perdido, ¿qué miel puedes tú hallar en todas las riquezas y bienes del mundo, que merezca ser comprada por este precio? Si tuvieses, dice Sant Hierónimo (d), la sabiduría de Salomon, y la hermosura de Absalom, y las fuerzas de Samson, y los años y vida de Enoch, y las riquezas de Cresos, y el poder de Octaviano, ¿qué te pueden aprovechar todas estas cosas, si al fin de la vida el cuerpo se entregare á los gusanos, y el ánima á los demonios, para ser atormentada con el rico avariante en los tormentos eternos?

Esto baste cuanto á la primera parte de la exhortacion á la virtud. Ahora tratarémos de los privilegios singulares que en esta vida se le prometen.

(b) Michæ. 1. (c) Luc. 21. (d) 3. Reg. 4. 2. Reg. 14. Iudic. 14. et 15. Genes. 5. Eccl. 41.

SEGUNDA PARTE DESTE PRIMERO LIBRO,

EN LA CUAL SE TRATA DE LOS BIENES ESPIRITUALES Y TEMPORALES QUE EN ESTA VIDA SE PROMETEN Á LA VIRTUD, Y SEÑALADAMENTE DE DOCE SINGULARES PRIVILEGIOS QUE TIENE.

CAPITULO XI.

Título oncenno, por el cual estamos obligados á seguir la virtud, por causa de los bienes inestimables que de presente se le prometen en esta vida.

No sé qué linaje de excusas puedan alegar los hombres para dejar de seguir la virtud, pues tantas razones se presentan por parte della. Porque no es pequeña cosa alegar por esta parte lo que Dios es, lo que merece, lo que nos ha dado, lo que nos promete, y lo que nos amenaza. Por lo cual hay mucha razon para preguntar cuál sea la causa por donde entre los cristianos que todo esto creen y confiesan, haya tantos que se den tan poco por la virtud. Porque los infieles que no conocen la virtud, no es maravilla que no precien lo que no conocen, como hace el rústico cavador, que si halla una piedra preciosa, no hace caso della, porque no conoce lo que vale. Mas que el cristiano que sabe todo esto, viva como si

nada desto creyese, tan olvidado de Dios, tan captivo de los vicios, tan subjecto á sus pasiones, tan aficionado á las cosas visibles, tan olvidado de las invisibles, y tan suelto en todo genero de pecados, como si no esperase muerte, ni juicio, ni paraíso, ni infierno, esto es cosa que pone grande admiracion. Por donde (como dije) hay razon para preguntar, de donde nazca este pismo, esta modorra, y (si decir se puede) esta manera de encantamiento.

Este mal tan grande no tiene una sola raiz, sino muchas y diversas. Entre las cuales no es la menor un general engaño en que los hombres del mundo viven, creyendo que todo lo que promete Dios á la virtud, se guarda para la otra vida, y que de presente no se le da nada. Porque como los bombres sean tan interesables, y se muevan tanto con la presencia de los objetos, como no ven nada de presente, hacen poco caso de lo